

elabora, en secretas cámaras, su pensamiento. Se dice lo que exige la tesis, la estrategia del combate. Y quien creyese que sucedería lo contrario, que la verdad había de abrirse camino, pasaría, entre los avezados a tales lides, por inocente, cuando no por sandio de remate.

Recuerdo, hace muchos años, haber asistido a una discusión en las Cortes españolas. Han muerto ya los dos que la sostenían. Era, más que política, discusión personal, lucha entre hombres que se disputaban, en tal forma, el feudo de una provincia de España. Porque es de saber, y Costa lo dijo bastantes veces con elocuente energía, que cada provincia es feudo de alguien. Uno de aquellos hombres había impuesto a sus siervos de la gleba fuerte tributo en forma tal, que la ley parecía ampararle, aunque no le amparase ciertamente el derecho, y menos la honradez. El otro, el adversario, se apoyaba en ello para impugnarle y sacarle los colores a la cara. Sin género de duda, allí existía un acusado y un acusador. La acusación quedó probada sobradamente. El chanchullo, adoptemos este nombre, se mascaba, por decirlo así, en el ambiente caliginoso del Congreso. Pues bien: con asombro de lo inexperta que era yo entonces en tales espectáculos, al salir de allí averigüé que el vencido, era el acusado. En cuanto al acusado, la habilidad de su defensa le otorgaba la victoria, aunque nadie dudase de que la acusación quedaba en pie. Pero la acusación era lo de menos. Torneo de destreza, lanzas y cañas rotas, y la jornada, para quien mejor las juega.

Fué aquel debate de gran enseñanza para mí. Aprendí muchas cosas, al perder esa candidez que es acaso pura flor del espíritu. La esencia del parlamentarismo se me reveló, y de historia y de política, algunas luces claras me alumbraron. Averigüé que en estas cosas lo de menos es lo que se ve; que una trama interior sostiene la tela efímera, recamada de flores por la oratoria. Aquella generosa facultad de indignación, que vigoriza las virtudes de nuestra alma, fué desde entonces algo que supe guardar de burlas y de ironías, con otras ironías y otras risas, de las que el gran satírico español, Quevedo, nos enseñó a cultivar. Cada cual tiene que vivir dentro de la época en que fué enviado al mundo, y discernir, en ella, lo que puede combatirse y lo que no hay más remedio que sufrir aunque conozcamos su malicia dañosa. Y el parlamentarismo es del número de las instituciones que nadie respeta dentro de la conciencia, pero que todavía no ha madurado para caer.

Como la casa de los cuentos rusos, a la cual faltaban tres pies y que se sustentaba en el aire porque no sabía de qué lado tumbarse, el parlamentarismo, respecto al cual es muy unánime la opinión, el parlamentarismo, mentira convencional, vive y se sustenta en las naciones más cultas y civilizadas, y hasta forma la aspiración, el sueño ideal de las atrasadas que anhelan salir de su atraso, y no se sospecha cuándo ni cómo podrá reemplazarse este chirimbolo de gobierno por otro chirimbolo no menos socorrido y un poco más sincero y real.

Para entonces, ya figurarán en los Parlamentos las mujeres; porque uno de los convencionalismos parlamentarios y de los embustes pseudo-democráticos, es que las leyes, que han de acatar el hombre y la mujer, las haga sólo el hombre.

Hoy las mujeres no van al Parlamento sino en calidad de espectadoras. El espectáculo es, cuando se ha comprendido bien su íntima y enmarañada red psicológica, muy curioso. Si fuese posible abonarse a él como nos abonamos a un teatro, yo no perdería función. Lo malo es que las tribunas de una incomodidad que parece estudiada, hecha a propósito para que la gente se aleje, tienen que ser tomadas por asalto tres horas antes de que empiece la sesión, a poco que ésta revista algún interés. El día en que se va al Congreso, hay que renunciar a los demás deportes, asuntos y quehaceres. Hay que poseer una salud a prueba, además, para resistir cinco horas sentado sin moverse, en un ambiente viciado y sin ventilación, con los pies del que se sienta detrás amagando a vuestro espaldas, y prensado en todos sentidos por la concurrencia. El único oasis en el desierto de tanto hastío (porque además, ciertos días en que se aguardan emociones se convierten en días de fastidio, en sesiones huérfas) son los caramelitos que os envían. Tienen los caramelos la ventaja de romper, con pequeño y dulce incidente, la monotonía de una situación que no puede variar, pues no es posible ni salir al pasillo a estirarse las piernas y desentumecer los miembros, sin perder *ipso facto* el sitio ganado a tanta costa, conservado a precio de tiempo y voluntad.

Algunas personas salen de la curiosidad leyendo, al día siguiente, los discursos en el *Diario de Sesiones* ó en los periódicos que publican íntegros los más salientes. Yo no sé en qué consiste, pero no es lo mismo; muy lejos de eso, es otra cosa enteramente dis-

tinta. Hay algo en la elocuencia, que se enfría al pasar a la letra de molde. Acaso hay también correcciones, atenuaciones de las violencias de la palabra. Ello es que los discursos que me han dejado recuerdo, son los que he oído de viva voz.

Ninguna sesión de este debate Ferrer, tan resonante y que, en este momento, dista mucho de haber terminado, me ha sido posible presenciar. Otros asuntos, otros deberes me robaron el tiempo, durante esta primavera fría, triste, brumosa, que nos envuelve. Mi recurso ha sido, pues, leer. Y declaro que los discursos son un derroche de arte parlamentario. No de aquel arte que conocimos antaño y cuyo maestro insigne, indiscutible, fué Emilio Castelar. Todo evoluciona, y la oratoria parlamentaria lo mismo. Se acabaron las flores. Al grano, al grano político. Claro es que para ensalzar estos discursos yo hago abstracción completa de su tesis, porque al fin, todos tenemos nuestro criterio, pobre y pequeño y sin valor alguno, pero nuestro criterio, ¡qué demonio!, y no se puede estar de acuerdo con tirios y troyanos a la vez. Lo que alabo, es el arte.

Del fondo de la cuestión nada digo; y, que se me permita la inmodestia: no es que me falte qué decir; es quizás por lo contrario. El silencio unas veces responde a falta de recursos, otras a plétora de impresiones que exteriorizar. No soy la única que calla. ¡Cuántas personas lo hacen, llenas de ideas, llenas de voluntad! Callar es también una fuerza, y una opinión, y un ejercicio moral, y un recurso de buen género.

Y callar es una necesidad cuando las cuestiones, ó por mal planteadas desde un principio, ó por haber enturbiado su superficie la pasión, han llegado a presentarse en forma tal, que para ilustrarla habría que retroceder, rehacerlas por completo, y gastar, en esta labor, volúmenes en folio, y años de la vida. Esta tarea corresponde a la historia, y la historia no se escribe jamás a raíz de los sucesos. La historia, serena, firme, reconstruirá el período que atravesamos, y arrojará luz sobre los móviles de los hechos. Y será una ilusión, pero ilusión que a nadie daña; los que callamos, nos creemos ya historiadores por dentro, en la superioridad de nuestro juicio no viciado por parcialidad política alguna, y acaso consciente de los errores, las debilidades y las muy antiguas causas de las complicaciones y perturbaciones actuales.

Escondiendo la faz del historiador, mostramos la del espectador, un espectador que ha leído a Montaigne y a Maquiavelo, sin renunciar a leer también a otros autores, como Aristóteles, que tratan y discurren de política lo mismo que si estuviesen presenciando sucesos actuales,—porque ha de saberse que en materias políticas no es mucho lo que se adelanta, no habiendo variado, en lo esencial, los términos de la mayor parte de los problemas, y no pudiendo variar el corazón humano.—Un espectador que comprende muchas cosas: que el tiempo pasa; que las horas corren; que el arte es lo mejor, lo más raro, lo digno de culto; que nadie debe intervenir en nada si no ha de influir de una manera decisiva; que es deshonroso contarse entre la multitud, entre los cerros sumados a unidades; que quien no es unidad, es cerro; y que hay algo de buen gusto, algo de elegancia, en las abstenciones, en las superioridades, en las tranquilidades despiertas, en el juzgar sin descomponerse. La historia es lo más apacible y lo más vigoroso.

Bueno. Sentémonos en una butaca. Abramos el *Diario de Sesiones*. La chimenea arde bien, y falta hacer que arda, porque sin ir más lejos, anoche la temperatura era polar. Sobre la mesa, en un florero ligero de plata, hay un grupo de jacintos nacarados, que hablan de jardines, de auras tibias, de mariposas; pero desconfiemos de las sugestiones de los jacintos: más vale no salir: el Guadarrama nos envía su soplo cortante, asestando un dardo contra los pulmones. La estancia es silenciosa, espaciosa, entapizada, grave. Fuera, el rodar de los tranvías se atenúa, se espacia: va corriendo, lenta, la noche. Avanzamos en la lectura. Volvemos hojas. Los períodos indignados, los períodos intencionados, las inquietas interrupciones, los rumores, los aplausos, la intervención de los cerros, mayoría, minoría... Poco a poco, entre el silencio y la quietud, con la fiebre de la lectura, la imaginación se excita. Aparece el telón de fondo, las escenas horribles: vuelvo a ver el magnífico cortejo nupcial, la pálida reina rubia, con el traje manchado de sangre, y sobre los tapices viejos, flamencos, una cortina de llamas oscila, unas turbas galopan, una escena macabra se dibuja, escena digna del Bosco: un hombre, titubeante, danza, y su pareja es un esqueleto con tocas y hábito... ¿Sueño? ¿Pesadilla? ¿Realidad? ¿Han sonado tiros? Me incorporo, bebo un sorbo de te, porque en la mesilla hierve la *bouillotte*... ¡Qué drama, el de la historia! El reloj ha dado la una. Es hora de acostarse.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando en el campo aparece un enjambre de abejas, diríase que en aquel incidente está la cifra de lo importante y lo serio. El zumbido es tan intenso; el vuelo tan rumoroso; la impresión, en los que lo ven de cerca, tan viva, que, por algunos momentos, el enjambre, lo repito, absorbe toda la atención, como si de él dependiese cuanto existe. La granja, la choza, la quinta se conmueven; a veces, hasta de las aldeas circunvecinas llegan apurados, apremiantes avisos. «¡El enjambre!—¡Ahí va el enjambre!—¡Hay que recoger el enjambre!—¿Quién se atreve?—¡Que venga Fulano!—¡Que se prepare Mengano!—¡Toquen la esquila!—¡Dispongan el colmenar!» Y se inicia el alboroto: gritos, carreras, heridas de un aguijón, un barullo infernal... Media hora después de recogido y captado el enjambre, el silencio, la gran paz del campo, reinan de nuevo; nadie se acuerda del incidente. ¿Qué por qué he recordado el enjambre? Por el debate Ferrer.

Si entráis en el Congreso, creyerais que lo sucedido está a la altura de los mayores acontecimientos de la historia: tal es el escandecimiento de los ánimos, tal el rebullicio, tal el rumorero. Algo de esta fermentación se extiende a la calle. No es que haya existido, a la hora en que esto escribo, nada que se parezca a motín; pero la gente va y viene, se agrupa, agitada, curiosa, hablando con animación, discutiendo, poniendo cátedra, impresionada aún por la lectura del último artículo de fondo del último diario, donde bebe opiniones. Este fenómeno se advierte más en las calles céntricas, señaladamente en la de San Jerónimo y Puerta del Sol. Al alejarse del centro, ya se habla poco del debate: predominan diálogos muy distintos: charlas de cocineras, de soldados, de artesanos, de carreteros que blasfeman, de chiquillería que comenta los episodios de una parodia de corrida. Y si saliésemos a las afueras..., ya casi nada escucharíamos de tal cuestión. Y calcúlese lo que sucederá si nos desviamos de Madrid, si entramos en la calma de la vida provincial y aldeana. Allí sólo llega el ruido del enjambre, porque hay periódicos que dan noticia de su paso.

Claro es que, en el debate, todo se reduce a política... Y si no, ¿quién atendería al zumbido del enjambre? Pero la política, que tiene el don de soliviantar, no tiene el de mantener vivo el recuerdo de sus mayores efervescencias. Lo único duradero, es el vivir diario, modesto, grave, laborioso, con su trama de intereses y afectos, con la realidad no amañada de su profundo interés individual y colectivo. Esos que un momento se apasionan ante el debate, y disputan, acalorados, como si algo les fuese en ello, a la media hora han vuelto a preocuparse del destino que aguardan para comer, de la enfermedad del hijo, de la deuda apremiante, del empeño de amor propio, de los celos y sospechas que sienten en sus amores ó amores, y aun, más humildemente, más prosaicamente, de la partida de dominó en el café, ó del par de botas que salieron mal hechas...

No es que yo diga que a nadie le preocupen realmente los asuntos de carácter político. Preocupan, sí, cuando la importancia se la presta su propia índole. La invasión francesa, la guerra con los Estados Unidos, la caída de la dinastía en 1868 y otros sucesos que pudiéramos recordar, causaron honda emoción; ¿no habían de causarla? Pero cuando las cuestiones son amañadas, y como ahora se dice con poca precisión, tendenciosas, es natural que sea epidémica la impresión que produzcan. Impresión de enjambre que pasa, zumbador, apiñado, enconado para morder.

En lo político, lo que causa mayor depresión en mi ánimo, es la insinceridad. Nadie, en este género de debates, dice lo que siente, lo que ven sus ojos y